

España fuerzas para acometer la empresa, debiendo solicitar para sí el título de gobernador, para Almagro el de lugarteniente, y para Fernando de Lucques la dignidad de obispo en los ricos territorios que se proponían conquistar.

Primera expedición (1530-1532). — Pizarro volvió de su patria á América colmado de honores por Carlos V y dotado con los títulos más brillantes. Hizo apresuradamente sus preparativos y partió con Almagro y Fernando. Después de grandes trabajos, llegaron á Quito, bajo la línea ecuatorial. El imperio del Perú estaba entonces desgarrado por las más violentas disensiones. Los Incas, que reinaban allí, y cuyos antepasados habían pretendido ser hijos del Sol, se hallaban á la sazón divididos en dos bandos. Atahualpa había dado muerte á su hermano Huáscar, que tenía numerosos partidarios. El conquistador Pizarro, á la vez que aprovechaba esas divisiones, mostró extraordinario disimulo; envió, pues, á ofrecer al Inca la amistad de Carlos V, y le pidió una entrevista. Atahualpa se presentó ante el oficial español sentado en un trono adornado de plumas de diversos colores y cubierto de placas de oro y plata. Arengólo el P. Vicente Valverde y le dijo, enseñándole la Biblia, que debía creer cuanto consignaba ese libro. El Inca acercó el oído al Evangelio, y exclamando que no decía nada, lo cogió y lo tiró por tierra. Entonces se le acusó de sacrilegio y se trabó el combate.

Cautiverio de Atahualpa (1532). — Asustados por el ruido de los cañones y de los mosquetes, los indios cayeron al suelo. Pizarro cogió á Atahualpa por el brazo y lo redujo á prisión. El monarca destronado ofreció que si lo dejaban libre llenaría de oro el cuarto donde estaba encerrado hasta la altura de su mano, que elevó cuanto pudo por encima de su cabeza. Esas inmensas riquezas se repartieron entre los conquistadores, menos la cantidad que se reservó para Carlos V. Sin embargo, no por eso escapó á la muerte el Inca (1533). Su suplicio aterrorizó á los peruanos, y Pizarro aprovechó ese momento de estupefacción y de impotencia para apoderarse de Cuzco y de la mayor parte del país.

Guerras civiles (1534). — Sin embargo, los españoles no tuvieron la misma suerte en todas partes. Almagro había marchado á Chile para conquistar esa provincia, de que Carlos V lo había hecho gobernador (1535). Mientras se hallaba ocupado en esa nueva expedición, estalló entre los peruanos una rebelión general. Pizarro se vió sitiado en Cuzco (1536), y ya iba á sucumbir cuando llegó Almagro y ahuyentó á los rebeldes. Las tropas de Pizarro tuvieron la pretensión de negar la entrada en Cuzco al que acababa de salvarlas, y por ese motivo vinieron á las manos los dos bandos (1536). Almagro empezó por alcanzar grandes ventajas; pero prestando oídos á los instintos de su corazón, que lo impulsaba á la clemencia, quiso respetar á los vencidos. Pizarro aprovechó pérfidamente esa torpe indulgencia para derribarlo á su vez y ordenar sin escrúpulos su muerte (1538). Esa infame ejecución indignó á todos los corazones honrados. Organizóse una vasta conspiración para vengar ese crimen, y Pizarro fué asesinado á su vez en su palacio de Lima (1541). Los conjurados habían puesto á su frente al hijo de Almagro, y después de dar muerte á los asesinos de su padre, lo proclamaron gobernador.

Organización del gobierno español en América. — Esas turbulencias excitaron á Carlos V á tomar en mano el gobierno de todos los países descubiertos y conquistados, para someterlos á organización regular. Así pues, nombró dos virreyes, uno para el Perú y el otro para Méjico ó la Nueva España.

El virreinato del Perú comprendía en su jurisdicción la América meridional, y el virreinato de Méjico las posesiones españolas en la América septentrional. Los virreyes tenían autoridad soberana; podían presidir todos los tribunales, y rodearse de una corte análoga á la de Madrid. La administración de justicia correspondía á tribunales llamados *audiencias*, que poseían el derecho de representación y advertencia ante el virrey; al morir éste las audiencias de la capital ejercían interinamente las funciones reales. Había además una *cámara de comercio* para regular los asuntos comerciales. El monopolio reinaba sobre todos los objetos de tráfico, y las colonias no podían comunicar con el extranjero.

Había puertos privilegiados, que eran: en América, Vera-Cruz, Cartagena de Indias, Porto-Bello; y en Europa, Sevilla y más tarde Cádiz. Las ciudades poseían su administración municipal, pero ésta no se ocupaba más que en la policía y el comercio interior. La ley, en todo lo relativo á los intereses generales, era la voluntad del soberano; su expresión más alta era el *Consejo de Indias*, que hacía los nombramientos para las dignidades reservadas al rey, poseyendo todo el poder legislativo y ejerciendo derecho de inspección sobre los asuntos eclesíasticos y civiles. Los virreyes, arzobispos, obispos y todos los magistrados dependían de su suprema jurisdicción.

§ II. — *Del imperio colonial de los portugueses.*
Vasco de Gama.

Descubrimientos de los portugueses antes del advenimiento de Juan II (1431-1432). — Los descubrimientos que debían abrir á los portugueses el camino de la India empezaron bajo Juan I, fundador de la dinastía de Avis. Habiendo reconocido unos navegantes ciertas islas habitadas de África, en puntos donde antes habían creído posible abordar, el infante Don Enrique resolvió dirigir hacia el mediodía sus exploraciones. Una antigua tradición refería que los fenicios habían dado en otra época la vuelta al África, y el infante se propuso comprobar la verdad de ese relato. Escribió, pues, al papa Martino V para pedirle que de antemano lo confirmase en la posesión de las tierras que descubriera, y recibió en efecto del sumo Pontífice una bula que lo investía del derecho de conquista en todas esas regiones (1431). Al año siguiente, Gilianez dobló el cabo Bojador á las órdenes del infante (1432) y luego llegaron González y Tristán hasta el cabo Blanco (1440). Esos éxitos inflamaron el espíritu de Enrique, que redobló sus esfuerzos en provecho de la gloria de su patria. Sus navegantes penetraron por el río Senegal y tocaron en las Azores y en las islas de Cabo Verde (1450). Sin embargo, su muerte, ocurrida en 1463, resfrió un tanto el celo de la nación. No obstante eso, algunos hombres audaces y ambiciosos

continuaron recorriendo el mar. Fernando Po llegó á la isla que lleva su nombre y pasó el ecuador, destruyendo la creencia general de que el sol hacía imposible la vida en esas regiones.

Descubrimientos bajo Juan II (1481-1495). — Como al subir al trono alentase Juan II el valor de las personas que lo rodeaban, empezaron otra vez con nuevo ardor las expediciones lejanas. Varios navegantes que llegaron á grandes distancias al sur de la línea ecuatorial, observaron que por esa parte iba estrechándose hacia el este el continente africano á medida que se adelantaba. Tal hecho les hizo suponer que así llegarían á una punta, fácil de doblar, y que les abriría un derrotero para la India. El primero en tocar esa extremidad del continente fué Bartolomé Díaz (1486); pero al llegar á ella surgió tan horrible tempestad que se vió obligado á retroceder. Al exponer á Juan II las peripecias de su viaje, le dijo que había llegado á la punta de África, pero que viendo cuántos y cuán violentos eran allí los huracanes, lo había llamado *cabo de las Tormentas*. — *Pues yo*, exclamó el rey lleno de entusiasmo, *lo denomino cabo de Buena Esperanza*. Ese viaje aumentó extraordinariamente el entusiasmo de los portugueses. La noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón redobló su emulación, pero Juan II no tuvo la suerte de recoger el fruto de esos nuevos esfuerzos.

Vasco de Gama (1497-1498). — Su sucesor, el gran D. Manuel, no tardó en dar el mando de una expedición á Vasco de Gama, que debía doblar el cabo de Buena Esperanza (1497). Gama, lo mismo que todos los navegantes célebres de entonces, pasó la noche anterior á su salida en oración ante la Santa Virgen, yendo además á sentarse en la sagrada mesa. Entonces sintiéndose protegido por el Omnipotente, desafió todos los peligros, dobló el formidable cabo de las Tormentas, que espantara á Díaz, y subió á lo largo de las costas de África, tocando en los reinos de Sofala, de Mozambique y de Melinda. El rey de este último país le dió un guía que lo llevó, á través de un golfo de 2800 kilómetros, á Calicut en el Malabar (1498). Por de pronto no pudo fundar allí ningún establecimiento,

pues los musulmanes le impidieron entenderse con los reyezuelos de la India. Entonces volvió á su patria á anunciar el feliz resultado de su gloriosa empresa (1499). Recibieronlo con entusiasmo, y D. Manuel se apresuró á sacar partido de tan afortunado descubrimiento.

Expedición de Cabral (1500-1503). — El mando de la nueva expedición dirigida contra Calicut se dió á Álvarez de Cabral; pero una tempestad lo alejó de su derrotero, echándolo sobre las costas del Brasil. Ese país había sido visitado algún tiempo antes por Américo Vespucio, que usurpó á Colón el derecho de dar su nombre al Nuevo Continente. Cabral se alió con el rey de la región y sentó de ese modo las bases del poderío portugués en América. De allí salió al fin, lanzándose sobre los pasos de Gama, y acabando por llegar á Calicut. El zamorín, que tenía el poder de esos extranjeros, hizo dar muerte á algunos portugueses. Para vengarse, Cabral ayudó á los soberanos de Cochín y de Cananor á sacudir su yugo y se volvió á Europa, cargado con las más ricas producciones de la India. En su camino halló á Juan de la Nueva, que iba al Asia con otra flota (1501); un año más tarde volvía Cabral á Calicut con fuerzas más considerables (1502).

Nuevos triunfos de los portugueses (1503-1508). — Los indios sufrieron el peso de todos esos armamentos; pero los guerreros que debían fundar entre ellos los establecimientos de los portugueses eran Francisco y Alfonso de Albuquerque, á cada uno de los cuales confió D. Manuel una pequeña flota. Cuando éstos llegaron á la India humillaron de nuevo al sultán de Calicut, y construyeron, cerca de la ciudad de Cochín, que era su aliada, una pequeña fortaleza de madera. Francisco Pacheco, uno de los hombres más valerosos que Portugal haya producido, se ofreció para defenderlo, y con nada más que tres bajeles y 150 hombres, resistió en la costa de Malabar á 50.000 indios. Finalmente, López Suárez, enviado por D. Manuel, acudió en socorro suyo (1504). La artillería deshizo á Calicut, y el nombre portugués se convirtió en terror de los indios. D. Manuel mandó á sus nuevas posesiones con el título de virrey á Francisco de Al-

meida (1505). Este general realizó grandes conquistas, y su hijo Lorenzo se distinguió obteniendo brillantes victorias. Este fué el descubridor de la isla de Ceilán, de la cual se apoderó (1506). Desgraciadamente, los europeos trataron con extraordinaria dureza á los vencidos, arrogándose tiránico poder que llevó á aquellos á aliarse con los venecianos y los egipcios para recobrar su libertad (1508). Lorenzo murió en medio de sus triunfos, después de la toma de Ormuz, una de las más hermosas ciudades de Asia.

Alfonso de Albuquerque (1508-1515). — La muerte de Lorenzo de Almeida fué para los portugueses grandísima pérdida; pero la llegada de Alfonso de Albuquerque la hizo olvidar muy pronto. Ese atrevido general, notando la ventajosa posición de Goa, se apoderó de ella, convirtiéndola en residencia de su gobierno (1510). Después tomó á Malacca en el Quersoneso de Oro, que era el centro del comercio con la China, el Japón y las Molucas (1511). Esa conquista le valió inmensas riquezas, y amedrentó hasta tal punto á los príncipes del Indostán que todos solicitaron su alianza. Después hizo explorar las Molucas, destruyó con cinco bajeles las fuerzas marítimas de los árabes y de los persas, y entró en Ormuz, para dominar desde allí todas las regiones comarcanas. Desde ese momento quedó destruído el antiguo comercio. Para castigar á los egipcios, Albuquerque había propuesto al rey de Abisinia torcer el curso del Nilo haciendo que fuese á desembocar en el mar Índico. También quiso cegar el puerto de Suez, y hablaba de humillar á los árabes destruyendo la Meca. Pero ese grande hombre no pudo realizar tan gigantescos designios. Vióse atacado por infames calumnias en el curso de su gloriosa carrera, y murió en Goa, de amargura y pesar, causados por la pérdida de su valimiento, el 16 de Septiembre de 1515.

Estado del imperio portugués al morir Albuquerque (1515). — Cuando rindió su último suspiro el *Marte portugués*, el gran Albuquerque, el imperio colonial de esa nación se hallaba en el apogeo de su poder. Los marroquíes, los bárbaros de África, los mamelucos, los árabes, todo el Oriente desde la isla

de Ormuz hasta la China reconocía su dominación. La China, asombrada por el poder de ese gigantesco imperio, había buscado espontáneamente su alianza, cuando de pronto tuvo Simón de Andreade la idea de construir un fuerte en la isla de Támaras y de ejercer sobre los chinos las mismas violencias y actos de bandolerismo que se permitía para con los indios. El Celeste Imperio se estremeció de espanto, y expulsó de su seno á aquellos extranjeros que parecían proponerse arrebatárle su independencia. Sin embargo, los portugueses lograron que más tarde el Hijo del Cielo les permitiese volver á entrar en sus Estados, y hasta se fijaron bajo sus auspicios en la isla de Macao.

Desde allí comerciaron con el Japón. Habiendo sido arrojado en 1542 uno de sus barcos sobre las playas de esas islas famosas, los tripulantes fueron recibidos con los brazos abiertos. Los misioneros se extendieron por esas nuevas regiones, y los portugueses sacaron cada año de 14 á 15 millones de las minas de oro, de plata y cobre que allí encontraron.

Decadencia del imperio portugués. — Esa asombrosa prosperidad fué la causa de la decadencia del imperio fundado por aquellos afortunados conquistadores. Las excesivas riquezas trajeron el lujo, y el lujo dió origen á la debilidad y la corrupción. Los oficiales no atacaban ya al enemigo sino en palanquín y los generales no volvieron á sentarse á la mesa sin tener á su lado algunas bayaderas. Todos los ánimos se enervaron, y la horrible tiranía que los vencedores ejercían sobre los vencidos acostumbró á los europeos á despreciar la humanidad y la justicia. No había ley que fuera observada: cada cual procuraba aventajar á los otros en ardor para saquear las producciones de esos opulentos países. Proporcionalmente, el tesoro público no sacaba de ellos más que escasas rentas; todo se perdía en los bolsillos de los diestros concuisionarios.

Juan de Castro (1545-1548). — Este virrey, después de haber sometido al rey de Cambaye y conquistado el Estado de Diú, procuró reanimar el genio belicoso de los portugueses, concediendo á sus solda-

dos victoriosos los honores del triunfo. Así fué que resucitó la pompa y la magnificencia de los antiguos romanos, y entró en Goa sobre un carro adornado de hojas de palma y con las insignias de la victoria (1547). Sin embargo, ese hombre, que triunfaba como pagano, había combatido antes como héroe cristiano. Lleno de desinterés, tomó prestado en su nombre personal dinero para la guerra, y después de la toma de Diá, en la exaltación de su patriotismo, se había hecho dar la enhorabuena por la muerte de su hijo, ocurrida delante de la plaza. Sus grandes virtudes le habrían dado de seguro bastante ascendiente para operar reformas útiles; pero murió en brazos de San Francisco Javier, en el mismo momento de saber que, en recompensa de sus servicios, el gobierno acababa de prorrogarle por tres años sus poderes (1548).

Luis de Ataíde (1569). — Después de la muerte de Juan de Castro, el virreinato de las Indias cambió de titular nueve veces en veinte años (1548-1568). Los desórdenes y la licencia, favorecidos por esa inestabilidad, fueron en aumento, y todos los potentados de la India, descontentos por el orgullo é injusticia de los portugueses, se coligaron para destruir su despótico imperio. El zamorín de Calicut, los reyes de Cambaye, de Achem y de Ternate, se pusieron al frente de la rebelión. El soberano portugués, el joven D. Sebastián, noticioso del peligro, mandó á conjurar la tormenta á un hombre de poderoso genio y de carácter indomable, que era Luis de Ataíde. Cuando éste llegó á Goa, sus oficiales le propusieron abandonar las posesiones lejanas, para defender sólo la capital. « Quiero conservarlo todo, replicó, y mientras yo viva, los enemigos no ganarán una pulgada de tierra. » En efecto, envió bajeles á todos los puntos donde había alzado la cabeza la rebelión, batió y dió muerte con su propia mano á Idalcán, jefe de los sediciosos, y, después de esa victoria, se lanzó desde Goa sobre todas las provincias que se negaban á someterse, y las subyugó una tras otra (1573). Pero Ataíde fué el último de los héroes portugueses.

Caída del imperio portugués. — Después de su muerte, el imperio portugués no hizo más que decli-

nar. Ya estaba fuertemente quebrantado, cuando la conquista de Portugal por Felipe II (1580) acabó su ruina. Entonces se apoderaron los holandeses de esas inmensas regiones. Más tarde, Portugal, otra vez independiente, procuró en vano reconquistar algunos de los restos de sus antiguas posesiones. En la costa de la India sólo le quedaba Goa. Pero la ciudad que hoy tiene ese nombre no es Goa *la dorada*, la antigua Goa que viera Gama y que oyó cantar al divino Camoens, sino una nueva población, á la cual ha dado el orgullo portugués el nombre de la antigua, pero que es triste y pobre. De la famosa Goa no queda más que el palacio desierto de los antiguos gobernadores, y algunas iglesias servidas por regulares.

Resumen de este capítulo.— Los grandes descubrimientos marítimos del siglo XVI se deben á los españoles y á los portugueses.

I. Cristóbal Colón, que descubrió la América, nació en Génova en 1441. Después de haber solicitado en vano la protección de Portugal, de Francia y de Inglaterra, obtuvo de Isabel, reina de Castilla, algunos bajeles, con los que partió el 3 de agosto de 1492. El 12 de octubre llegó á *San Salvador*, en las Lucayas. Después fué á anunciar á España esa feliz nueva. Al volver de Europa, en su segundo viaje, se dirigió más al sur y halló las *Caribes ó Antillas menores*, y después fué á Haití á reunirse con sus compatriotas. Pérfidamente acusado ante Fernando é Isabel, volvió á España á justificarse. En su tercer viaje es cuando tocó en la desembocadura del Orinoco, y así adquirió la convicción de haber descubierto un vasto continente. Sus enemigos habían logrado que lo cargasen de cadenas, pero logró fácilmente confundirlos; sin embargo, á partir de ese momento despreció á la corte, que desconocía el valor de sus servicios. Habiendo descubierto la Martinica y Jamaica, fué á morir pobre y solitario en Valladolid (1508). Juan Diaz de Solís descubrió luego la península de Yucatán, mientras Sebastián de Ocampo daba la vuelta á Cuba (1508). Juan Ponce de León desembarcó en la Florida (1512), y Balboa descubrió el vasto mar Pacífico ó del Sur, que debía conducir á los españoles al Perú (1513). Hernán Cortés realizó algún tiempo después la conquista de Méjico (1518-1521), donde reinaba Montezuma. Cortés no fué más afortunado que Colón, pues las intrigas de sus enemigos lo perdieron en el ánimo de Carlos V; murió miserablemente en los alrededores de Sevilla (1549). Después de la conquista de Méjico, se efectuó la del Perú, por Francisco Pizarro (1524-1527). Este soldado de fortuna, después de destronar al rey de los Incas, Atahualpa, murió asesinado en su palacio de Lima (1541). Entonces fué cuando Carlos V intervino para ordenar todo lo referente al inmenso imperio que los españoles poseían en América. La masa entera de las posesiones fué dividida en dos

virreinos, el del Perú, cuya jurisdicción se extendía sobre todas las posesiones españolas de la América meridional, y el de Méjico, que abrazaba las de la septentrional. Estableció un *Consejo de Indias* para gobernar en su nombre todos esos países; creó *audiencias* y una *cámara de comercio* para juzgar y regular los asuntos referentes al tráfico.

II. Los descubrimientos de los portugueses empezaron bajo Juan I, fundador de la dinastía de Avis. El infante D. Enrique llegó al *Senegal* y tocó en las *Azores* y en las islas de *Cabo Verde* (1450). Bajo Juan II, Bartolomé Díaz llegó al cabo de las Tormentas, que el rey apellidó de *Buena Esperanza* (1486). Vasco de Gama dobló al fin ese cabo en tiempos de D. Manuel (1497). Alvarez de Cabral descubrió por casualidad el Brasil, que fué la parte de los portugueses en la posesión del Nuevo Mundo (1500). Alvarez se dirigió sobre Calicut, y Francisco de Almeida fué á establecerse en la India con el título de virrey (1505). Su hijo Lorenzo se distinguió con brillantes victorias. Alfonso de Albuquerque, que le sucedió, se apoderó de Malacca, centro del comercio de la China, el Japón y de las Molucas (1511) y elevó á su apogeo el imperio de los portugueses en la India. Pero al morir ese grande hombre, empezó la decadencia (1515). En vano Juan de Castro (1545-1546) y Luis de Ataíde (1548-1568) realizaron esfuerzos prodigiosos para retardar su ruina; la conquista de Portugal por Felipe II (1580) le dió el último golpe. Los holandeses reemplazaron en todas sus colonias á los portugueses, y la opulencia de Goa *la Dorada* no fué ya más que un recuerdo.

CAPÍTULO XXI.

ESTADO DE ITALIA. LOS MÉDICIS EN FLORENCIA. GUERRAS DE ITALIA. CARLOS VIII. LUIS XII, LOS PAPAS JULIO II Y LEÓN X (1).

Las guerras de Italia tuvieron gran influencia sobre el desarrollo de la civilización francesa. En presencia de las repúblicas italianas, y del vario y libre funcionamiento de sus instituciones, el soldado sintió brotar en su pecho ideas de libertad y de independencia, y los jefes del ejército empezaron á abrigar esperanzas que halagaban su amor propio y su ambición. Todos esos valerosos soldados, hartos de reveses, volvieron á Francia sin conservar por la monarquía el mismo afecto que antes. Luis XII agravó aún más ese peligro por sus luchas no disimuladas contra la autoridad pontificia, que todos sus predecesores respetaran. Con tales imprudencias, recibieron rudo choque los

(1) AUTORES QUE CONSULTAR : Además de los indicados en el anterior capítulo, véanse : Juan de Antón, *Crónica de Luis XII*; Juan de Saint-Gelais, *Historia de Luis XII*; Seyssel, *Historia del buen rey de Francia Luis XII*, *Historia de Bayardo*; Tailhé, etc.